

revelaros mis secretitos, puesto que hemos simpatizado tanto desde la primera vez que nos vimos; ¿os acordáis de aquella mañana que pasamos juntos?

—Sí, — replicó Sam, — me acuerdo bien, ¿y qué?

—Pues bien, — dijo Job con gran precisión y en el tono poco elevado de un hombre que pronuncia un secreto importante; — en aquella casa de la puerta verde, Mr. Weller, hay muchos criados.

—Lo creo, — interrumpió Sam.

—Sí; hay una cocinera que ha ahorrado alguna cosa y quiere abrir una pequeña tienda de comestibles.

—¿Sí?

—Sí, Mr. Weller; yo la conocí en una capilla á que concurre; una hermosa capilla de este pueblo, donde se cantan los himnos que yo llevo siempre conmigo y que vos habéis visto en mis manos; allí la he conocido, y después se ha establecido cierta intimidad, y casi me atrevo á decir que estoy á punto de ser tendero.

—¡Ah! y seréis un excelente tendero, — dijo Sam examinando de lado á Mr. Trotter con profundo disgusto.

—La gran ventaja de esto, Mr. Weller, — continuó Job, cuyos ojos se llenaban de lágrimas, — la gran ventaja de esto es que podré dejar el deshonesto servicio de ese hombre malvado y consagrarme á una vida tranquila y virtuosa, á vida más conforme con mi educación.

—Vos debéis estar lindamente educado.

—¡Oh! con gran cuidado, con un celo increíble, Mr. Weller.

Y recordando la pureza de su infancia, mister Trotter sacó del bolsillo el pañuelo rojo y lloró copiosamente.

—¡Qué feliz debe ser el que vaya á la escuela con un niño tan piadoso como vos!

—Ya lo creo, — replicó Job lanzando un profundo suspiro; — yo era el modelo de la escuela.

—No me admira; ¡qué consuelo debía tener en vos vuestra bendita madre!

Al oír estas palabras, Job introdujo la punta del pañuelo en el lagrimal de cada uno de sus ojos, y se deshizo en lágrimas.

—¿Pero qué es eso? — exclamó Sam lleno de indignación; — ¿por qué lloráis, bribón? ¿es por la conciencia de vuestras pilladas?

—No puedo moderar mi sensibilidad, — continuó Job después de una corta pausa, — cuando pienso que mi amo sospechó la conversación que tuve con el vuestro, que me metió en una silla de posta después de haber preparado convenientemente á la señorita aquella y ganado á la directora del colegio. ¡Ah! Mr. Weller, esto me hace estremecer.

—¿Con que todo eso ha pasado?

—Sin duda, — replicó Job.

Hablando así, los dos amigos llegaron junto al hotel;

—Si no tenéis inconveniente, quisiera veros en *El Gran caballo blanco* esta noche á las ocho.

—No faltaré.

—Y haréis bien, porque si no, yo iría á pedir noticias vuestras á la puerta verde, y esto podría perjudicaros.

—Vendré sin falta, — repitió Job; y se marchó después de haber dado á Sam un caluroso apretón de manos.

—Andate con cuidado, Job Trotter, — dijo Sam mirándole partir, — porque esta vez no me la pegarás.

Después de este monólogo, Sam entró y subió á la habitación de su amo.

—Todo va bien, señor, — le dijo.

—¿Qué es lo que va bien?

—Los he encontrado.

—¿A quién?

—A vuestro amigo y al lloricón de los cabellos negros.

—¡Imposible! — exclamó Mr. Pickwick con la más grande energía; — ¿dónde están, dónde están?

—¡Chitón! — replicó el fiel criado; y ayudando á vestirse á su amo, le explicó el plan de campaña que había ideado.

—¿Pero cuándo se hará eso?

—Cuanto antes, señor, pronto; en un buen momento.

El lector sabrá en el siguiente capítulo si aquello se hizo en un buen momento.

CAPITULO XXIV

Donde se verá que Mr. Peter Magnus se pone celoso, y la dama de cierta edad temerosa, por lo cual caen los pickwickianos en las garras de la justicia.

Quando Mr. Pickwick bajó á la estancia donde había cenado la noche anterior con Mr. Peter Magnus, le encontró paseándose en un estado nervioso de agitación,

y notó que aquel caballero había empleado en adornar su persona la mayor parte del contenido de los sacos, de la sombrerera y del paquete de papel gris.

—Buenos días, caballero, — dijo Mr. Peter Magnus; —¿qué os parece?

—Perfectamente, — respondió Mr. Pickwick, examinando con una risa de buen humor el traje del pretendiente.

—Sí, yo pienso que daré golpe, Mr. Pickwick; ya le he enviado mi tarjeta.

—¿De veras?

—Sí, y el mozo ha venido á decirme que me recibirá á las once; á las once, y no falta más que un cuarto de hora.

—¡Ah! es muy pronto.

—Sí, muy pronto, demasiado pronto para que sea agradable.

—La confianza en sí mismo es una gran cosa en estos casos.

—Ya lo creo, yo tengo mucha confianza en mí mismo; realmente, Mr. Pickwick, no veo la razón para que un hombre tenga miedo en estos casos: ¿qué cosa más sencilla? es un asunto de conveniencia mútua, nada más; marido á un lado, mujer á otro; esta es mi opinión en la materia, Mr. Pickwick.

—Es una opinión muy filosófica, pero el almuerzo nos espera, Mr. Magnus, vamos.

Se sentaron para almorzar; sin embargo, á pesar de las bravatas de Mr. Magnus, era evidente que se encontraba bajo la influencia de una gran agitación, cuyos principales síntomas eran lúgubres conatos de bromas, la pérdida del apetito, una gran propensión á verter las tazas de te y una inclinación irresistible á mirar el reloj cada dos segundos.

—Ya, ya... — balbuceó afectando alegría, pero en realidad temblando de agitación; ya no faltan más que dos minutos: ¿estoy pálido?

—No mucho.

Hubo un momento de silencio.

—Os pido perdón, Mr. Pickwick; ¿habéis tenido en vuestros tiempos negocios de estos?

—¿Una petición de matrimonio?

—Sí.

—¡Jamás! — replicó Mr. Pickwick con gran energía; —¡jamás!

—¿Entonces no tenéis idea sobre el mejor medio de entrar en materia?

—¡Ah! puedo tener algunas ideas sobre el asunto, pero como nunca las he sometido á la experiencia, no sería bueno que arreglárais por ellas vuestra conducta.

Mr. Magnus volvió á mirar el reloj; marcaba cinco minutos después de las once; volvióse á Mr. Pickwick, y le dijo:

—A pesar de todo, os agradecería que me diérais un consejo.

—Pues bien, si os empeñáis, — dijo el sabio, — comenzaría por rendir tributo á la belleza y á las excelentes cualidades de la dama; de ahí pasaría, Mr. Magnus, á hablar de mi indignidad.

—¡Muy bien! — exclamó Mr. Magnus.

—Indignidad con relación á ella, nada más, caballero; atendid bien á esto, porque para mostrar que yo no sería *absolutamente* indigno, yo haría una corta reseña de mi vida pasada y de mi condición presente; yo establecería por analogía que yo era un sujeto muy deseado por otras personas; en seguida me extendería sobre el calor de mi amor y sobre la profundidad de mis sentimientos; quizás de este modo me sería posible conseguir su mano.

—Ya lo veo, sí; es un buen modo.

—En seguida, — continuó Mr. Pickwick, arrimándose á medida que el asunto se presentaba á sus ojos con colores más brillantes, — en seguida pasaría á exponer esta sencilla pregunta: ¿me queréis? Creo poder suponer razonablemente que la dama volvería la cabeza...

—¿Pensáis que se puede dar por sentado? — interrumpió Mr. Magnus; — porque ya véis, si nó vuelve la cabeza en el momento preciso, sería un compromiso.

—Creo que la volverá, sí; y en el mismo instante yo la tomaría la mano; y pienso, *pienso*, Mr. Magnus, que después de esto, suponiendo que ella no opusiera resistencia, yo retiraría dulcemente el pañuelo que ella habría llevado á sus ojos, si mi débil conocimiento de la naturaleza humana no me engaña, yo le daría un beso respetuoso; sí, yo pienso que se lo daría, y estoy convencido de que en este mismo instante, si la dama debía aceptarme, ella murmuraría á mi oído un pudoroso consentimiento.

Mr. Magnus se levantó de su silla, miró durante algún tiempo á Mr. Pickwick, después le sacudió calorosamente la mano, y se marchó con ademán de exaltación; el reloj marcaba las once y diez.

Mr. Pickwick dió algunas vueltas por la habitación, y cuando el reloj marcaba la media, se abrió la puerta repentinamente; Mr. Pickwick se volvió para felicitar á Mr. Magnus; pero en su lugar distinguió la jovial fisonomía de Mr. Tupman, la figura marcial de mister Winkle, las facciones inteligentes de Mr. Snodgrass.

Mientras Mr. Pickwick les saludaba, Mr. Magnus entró precipitadamente en la habitación.

—Amigos míos — dijo el filósofo, — os presento á Mr. Peter Magnus.

—Servidor, señores — dijo Mr. Magnus, que estaba evidentemente en un violento estado de exaltación; —Mr. Pickwick, quiero hablaros un momento.

Al pronunciar estas palabras, Mr. Magnus llevó á Mr. Pickwick al hueco de una ventana.

—Felicitadme — le dijo, — he seguido vuestro consejo al pie de la letra.

—¿Fué bueno?

Sí, señor, no podía ser mejor; ella es mía, mister Pickwick.

—Os felicito con todo mi corazón — respondió el filósofo, sacudiendo cordialmente la mano de su conocido.

—Es preciso que la veáis, caballero; venid, permitidme un instante, señores.

Y el enamorado triunfante llevó rápidamente á mister Pickwick fuera de la habitación, se detuvo en una puerta del corredor, y llamó suavemente.

—Entrad — dijo una voz de mujer.

Entraron.

—Miss Witherfield — dijo Mr. Magnus, — permitidme que os presente uno de mis mejores amigos, mister Pickwick. Mr. Pickwick, permitidme que os presente á miss Witherfield.

La dama estaba al otro lado de la habitación. Mister Pickwick la saludó, y al mismo tiempo, sacando sus anteojos del bolsillo, se los puso; pero apenas se los había puesto, lanzó una exclamación de sorpresa y retrocedió algunos pasos; la dama por su parte lanzó un grito involuntario, y ocultando el rostro entre las manos se dejó caer en una silla; entretanto, Mr. Magnus, que parecía petrificado, los contemplaba á uno y á otro con la fisonomía desfigurada por un exceso de admiración y horror.

Semejante efecto de teatro parecía inexplicable, pero el hecho es que Mr. Pickwick, tan pronto como se puso los anteojos, reconoció en la futura de Mr. Magnus la dama en cuya alcoba se había introducido la noche anterior; y apenas los dichos espejuelos se habían fijado sobre la nariz de Mr. Pickwick, la dama reconoció la identidad de aquella fisonomía, la que había visto rodeada de todos los horrores de un gorro de algodón; por consiguiente, la dama gritó y se estremeció el filósofo.

—¿Mr. Pickwick, qué significa esto? decidme lo que esto significa, caballero — exclamó Mr. Magnus con voz elevada y amenazadora.

—Caballero, no puedo responder á esta pregunta—

replicó Mr. Pickwick, un poco quemado por la manera repentina con que Mr. Magnus le había interrogado.

—¿No podéis?

—No, señor; no consentiré sin permiso de esta dama en decir nada que la pueda comprometer ó en despertar en su mente ingratos recuerdos.

—Miss Witherfield, ¿conocéis á este caballero?

—¿Que si le conozco? — replicó vacilando la dama de cierta edad.

—Pregunto si le conocéis — continuó Mr. Magnus con una especie de ferocidad.

—Le he visto — balbuceó la dama.

—¿Dónde — preguntó Mr. Magnus, — dónde, señora?

—No lo diré — dijo la dama levantándose, — no lo revelaré por un imperio.

—Os comprendo, señora — exclamó Mr. Pickwick, — y respeto vuestra delicadeza; nunca será revelado por mí, podéis estar segura.

—A fe mía, señores — dijo Mr. Magnus, — vista la situación en que me hallo ante vos, me parece que os conducís con demasiada sangre fría, con demasiada sangre fría, señora.

—¡Cruel Mr. Magnus! — balbuceó la dama de cierta edad, y se puso á llorar abundantemente.

Mr. Pickwick se interpuso.

—Dirigidme vuestras observaciones — dijo; — si algo de culpable hay aquí, soy yo.

—¡Ah! vos sois el culpable; ya, ya comprendo; ¿os arrepentís de vuestra determinación ahora?

—¡Mi determinación! — replicó Mr. Pickwick.

—Vuestra determinación, sí, señor; ¡oh! no me miréis así, caballero; me acuerdo de vuestras palabras de anoche; habéis venido aquí para desenmascarar la falsedad y la traición de una persona en cuya buena fe teníais entera confianza.

Aquí Mr. Magnus empezó á reír sarcásticamente; después, quitándose los espejuelos azules, que sin duda creyó superfluos en un exceso de celos, se puso á mirar á todos lados de una manera espantosa.

—¡Oh! ¿pero no respondéis? — dijo al fin.

—¿A qué voy á responder? — preguntó Mr. Pickwick.

—No os inquietéis, caballero — vociferó Mr. Magnus paseándose por la habitación; — no os inquietéis.

Al oír esto, Mr. Pickwick abrió la puerta de la habitación y gritó bruscamente.

—¡Tupman, venid!

Mr. Tupman llegó inmediatamente con ademán de gran sorpresa.

—Tupman — dijo Mr. Pickwick, — un secreto bastante delicado y que concierne á esta dama, es causa de la cuestión que acaba de surgir entre este caballero y yo; pero yo aseguro ante vos, que este secreto no tiene relación alguna con el mismo, ni nada de común con sus asuntos; después de esto, no tengo necesidad de hacer constar que si continúa sospechando, dudará de mi veracidad, lo cual tomaré como un insulto personal.

Al decir esto, el filósofo lanzó á Mr. Magnus una mirada que encerraba toda una enciclopedia de amenazas.

La actitud serena y digna de Mr. Pickwick, unida á la energía de su lenguaje, hubiera convencido á un espíritu más razonable; pero desgraciadamente, en aquel instante el espíritu de Mr. Peter Magnus no se hallaba en un estado natural; en lugar de recibir de una manera conveniente la explicación del filósofo, procedió inmediatamente á elevarse en el diapason de la cólera y de las amenazas, hablando con rabia de su sensibilidad, de su delicadeza y dando fuerza á sus palabras con pasear furiosamente y arrancarse algunos cabellos, entretenimiento que interrumpía algunas veces para agitar su puño muy cerca de la nariz filosófica de Mr. Pickwick.

Mr. Pickwick, fuerte en su inocencia y contrariado por haber comprometido involuntariamente á la dama de cierta edad en un asunto tan desagradable, estaba también en una disposición menos pacífica que de costumbre; hablaron con más viveza, se usaron algunas palabras graves; y al fin Mr. Magnus dijo á mister Pickwick que tendría muy pronto noticias suyas. Mister Pickwick, con una cortesía digna de elogio, le contestó que mientras más pronto mejor; al oír esto la dama de cierta edad se precipitó llorando fuera de la habitación, y Hr. Tupman arrastró á su amigo, abandonando al amante á sus sombrías meditaciones.

Si la dama de cierta edad hubiera vivido en la sociedad cortesana y hubiera entendido un poco de las costumbres observadas por los que hacen las leyes de la moda, hubiera conocido que aquella ferocidad es la cosa más inocente del mundo; pero había vivido casi siempre en provincias, no leía los debates parlamentarios, y estaba por consiguiente poco versada en el código del honor de las naciones civilizadas; así es que desde que llegó á su alcoba y atrancó cuidadosamente la puerta, empezó á meditar sobre las escenas de que había sido testigo. Ideas de carnicería y horror se presentaban á su imaginación, y en esta fantasmagoría, el cuadro menos sangriento representaba á Mr. Magnus traspasado de parte á parte por una bala y conducido al hotel en una camilla; cuanto más la dama de cierta

edad meditaba, mayor era su susto, y al fin se determinó á ir en busca del primer magistrado del pueblo y á suplicarle que hiciera prender inmediatamente á Mr. Pickwick y á Mr. Magnus.

La dama de cierta edad fué impelida á tomar esta determinación por un gran número de consideraciones; pero la principal era la prueba incontestable que así daría á Magnus del afecto que le tenía, de la ansiedad con que temía por su persona; la dama conocía muy bien el temperamento celoso de su amante para aventurarse á hacer la más ligera observación de la causa real de su afán; con la cabeza llena de estos pensamientos, cogió su sombrero y su chal y se fué en línea recta al domicilio del alcalde.

Jorge Nupkins, alcalde de Ipswick, era un gran personaje; aquella mañana se encontraba en un estado de irritación extrema, porque había habido rebelión en el pueblo; todos los alumnos externos de la escuela principal habían conspirado para romper los vidrios de una vendedora de manzanas que les desagradaba; habían silbado al hotel y habían apedreado á los agentes de policía encargados de aplacar el motín; Mr. Nupkins estaba sentado en un sillón y fruncía majestuosamente las cejas, cuando anunciaron á una dama que venía á un asunto urgente, importante y particular. Mr. Nupkins, tomando una actitud tranquila y terrible, dió orden de introducir á la dama, y esta orden, como todas las de los magistrados, emperadores y demás poderes de la tierra, fué inmediatamente ejecutada. Miss Witherfield, cuya agitación era visible é interesante, se presentó delante del grande hombre.

—Muzzle — dijo el magistrado.

Muzzle era un criado de cuerpo voluminoso y piernas cortas.

—¡Muzzle!

—¿Qué manda vuestro honor?

—Dad una silla á esta señora, y salid.

—Sí, vuestra veneración.

—Ahora, señora, si queréis enterarme de ese asunto...

—Es un asunto muy penoso.

—Calmaos, señora, y decidme qué asunto legal os trae ante mí, — dijo Mr. Nupkins, con ademán severo y grandioso.

—Es muy triste para mí hacer semejante denuncia; pero temo que tengáis un duelo aquí.

—¿Aquí, señora? ¿dónde, señora?

—¡En Ipswick!

—¿En Ipswick, señora? ¡un duelo en Ipswick! — exclamó el magistrado estupefacto; — ¡imposible, señora! En esta ciudad no puede haber nada de esto, es-

toy seguro; ¡Dios del cielo! ¿conocéis la actividad de vuestro magistrado? ¿no habéis oído decir, señora, que el 4 del mes pasado, seguido tan sólo por sesenta polizontes, me precipité entre dos luchadores, y con inminente peligro de ser destrozado por ellos, impedí un encuentro pugilatesco entre el campeón de Middlesex y el de Suffolk? ¡un duelo en Ipswich, señora! no, no creo que puedan existir dos mortales tan audaces para llevar á cabo semejante atentado.

—Lo que tengo el honor de deciros, es desgraciadamente muy exacto — continuó la dama de cierta edad; — yo estaba presente cuando la disputa.

—¡Es la cosa más extraordinaria que aquí se ha visto! — exclamó el magistrado lleno de admiración; — ¡Muzzle!

—¿Qué manda vuestra veneración?

—Enviadme acá á Mr. Jinks, inmediatamente.

—Sí, vuestra veneración.

Muzzle se retiró y bien pronto se vió entrar en la habitación á un individuo de edad razonable, mal vestido y evidentemente mal alimentado, como lo anunciaba su rostro pálido y su nariz puntiaguda.

—Mr. Jinks — dijo el magistrado, — Mr. Jinks.

—Señor — replicó éste.

—Esta dama ha venido á enterarnos de un duelo que debe tener lugar en esta ciudad.

Mr. Jinks, no sabiendo qué decir exactamente, sonrió con una sonrisa de inferior.

—¿De qué os reís, Mr. Jinks? — preguntó el magistrado.

Mr. Jinks tomó una actitud seria.

—Mr. Jinks — continuó el magistrado, — sois un tonto.

Mr. Jinks miró humildemente al grande hombre, y mordió el mango de su pluma; el magistrado continuó:

—Vos podéis ver algo cómico en esta información, caballero, pero yo os digo que no hay motivo alguno de risa.

El pasante de aspecto famélico suspiró, como convencido de que no había en efecto motivo de risa. Después, habiendo recibido orden de suscribir la declaración de la dama, se sentó y se puso á escribir.

—Ese Pickwick es el principal, á lo que entiendo — dijo el magistrado cuando la declaración fué terminada.

—Sí, señor — respondió la dama de cierta edad.

—¿Y el otro perturbador, cómo se llama?

—Tupman.

—¿Tupman es el testigo, señora?

—Sí, señor.

—¿El otro combatiente ha dejado la población, se-

gún decís, señora?

—Sí — respondió tosiendo miss Witherfield.

—Muy bien; son dos espadachines de Londres que han venido aquí para destruir la población de su majestad, mientras el brazo de la ley permanezca débil y paralizado á esta distancia de la capital; pero haremos un ejemplar: escribid la orden de detención.

¡Muzzle!

—¿Qué manda vuestra veneración?

—¿Grummer está abajo?

—Sí, vuestra veneración.

—Decidle que venga.

El obsequioso Muzzle se retiró y vino poco después con el representante de la autoridad, polizonte desde su infancia, siendo principalmente notable por su nariz vinosa, su voz ronca, su traje color de tabaco, sus botas de vuelta y su mirada vaga.

—¡Grummer! — dijo el magistrado.

—¿Qué manda vuestra vino-á-ración?

—¿La ciudad está tranquila?

—Sí, vuestra vino-á-ración; el populacho se ha apaciguado á causa de que los chicos se han ido á jugar al trompo.

—Grummer — dijo el magistrado en tono resuelto, — en estos tiempos sólo las medidas vigorosas pueden dar algún resultado; si se desprecia la autoridad de los oficiales del rey, todo se pierde. Si el poder civil no puede proteger las ventanas, es preciso que el militar proteja el poder civil y las ventanas; creo que esta es una máxima de la Constitución; ¿no es verdad, mister Jinks?

—Ciertamente, señor.

—Muy bien — dijo el magistrado firmando la orden de detención; — Grummer, haced comparecer ante nos á esas personas. Las encontraréis en *El Gran caballo blanco*; ¿os acordáis del asunto de los dos campeones de Middlesex y Suffolk?

Mr. Grummer expresó, sacudiendo la cabeza, que no lo olvidaría jamás, lo cual, en efecto, no era probable, con tal que continuaran citándole aquel caso todos los días.

—Este caso — continuó el magistrado — es menos constitucional; es una de las más atroces violaciones de la paz y un gravísimo atentado á las prerrogativas de su majestad; el duelo es uno de los privilegios más incontestables de su majestad; ¿no es verdad, Jinks?

Expresamente estipulado por la *Carta Magna*.

—Una de las más bellas preesas de la corona, arrancada á su majestad por la unión de los barones... ¿no es eso, Jinks?

—Justamente, señor.

—Muy bien — continuó el magistrado, irguiéndose con orgullo; — esta prerrogativa real no será violada en esta porción de los dominios de su majestad. Grummer, llevad bastante gente, y haced el arresto lo más pronto posible. ¡Muzzle!

—¿Qué manda vuestra veneración?

—Guiad á esta señora.

Miss Witherfield se retiró profundamente impresionada por la ciencia y la dignidad del magistrado. Mr. Nupkins se fué á almorzar, Mr. Jinks se retiró en su interior, porque era este el único punto donde podía retirarse. En fin, Mr. Gummer se retiró para lavar, ejecutando bien la presente comisión, el insulto que había caído aquella mañana sobre él y el otro representante de la autoridad, el bedel.

Mientras se hacían tan formidables preparativos para conservar la paz en los dominios del rey, Mr. Pickwick y sus amigos, ignorantes de los prodigiosos acontecimientos que iban á tener lugar, estaban alegremente sentados en torno de una mesa muy bien provista. El buen humor más expansivo reinaba en la reunión; Mr. Pickwick estaba contando sus aventuras de la noche anterior, cuando la puerta se abrió y dejó ver una estrambótica fisonomía: los ojos de esta fisonomía se fijaron primero en Mr. Pickwick, y sin duda quedaron muy satisfechos de su inspección, porque el cuerpo á quien dicha fisonomía pertenecía se introdujo en la habitación bajo la forma de un individuo con botas de vuelta. En fin, para no tener en suspenso al lector, diremos que aquellos ojos errantes eran de Mr. Grummer, y aquel cuerpo era el cuerpo del mismo personaje.

Mr. Grummer procedió de una manera legal, pero particular: su primer acto fué atrancar la puerta por dentro; el segundo, pasarse por la cara un pañuelo de algodón; el tercero, colocar el pañuelo de algodón dentro del sombrero, y el cuarto, en fin, sacar del bolsillo un pequeño bastón, con el cual hizo una seña á mister Pickwick tan gravemente como la estatua del comendador.

Mr. Snodgrass fué el primero que rompió el silencio de admiración que reinaba en el comedor; durante algunos minutos, miró fijamente á Grummer, y dijo después con fuerza:

—Esta es una habitación reservada, caballero, ¡una habitación reservada, caballero!

Mr. Grummer movió la cabeza y respondió:

—No hay habitaciones reservadas para su majestad: hay algunos que dicen que la casa de un inglés es una fortaleza; pues bien, esos dicen una tontería.

Los pickwickianos se miraron unos á otros con asombro.

—¿Quién de vosotros es Mr. Tupman? — preguntó Grummer; había reconocido á Mr. Pickwick al primer golpe de vista por una percepción instintiva.

—Mi nombre es Tupman — dijo aquel caballero.

—Mi nombre es la ley — contestó Grummer.

—¿Qué? — preguntó Tupman.

—¡La ley! — replicó Grummer; — el poder ejecutivo; ese es mi título y mi autoridad; vengo á prender á Mr. Pickwick y á Mr. Tupman.

—¿Qué significa esta insolencia? — exclamó Tupman levantándose; — ¡salid de aquí! ¡salid inmediatamente!

—¡Eh! — exclamó Grummer, dirigiéndose á la puerta y abriéndola; — ¡Dubbley!

—¿Qué? — dijo una voz grave en el comedor.

—Dubbley — exclamó Mr. Grummer, — ¿están ahí los demás policías?

Mr. Dubbley, como hombre lacónico, no contestó sino con un signo de cabeza.

—Haced entrar la división que está á vuestras órdenes.

Mr. Dubbley obedeció, y media docena de hombres con enormes bastones se precipitaron en la habitación; Mr. Grummer se metió el bastón en el bolsillo y miró á Mr. Dubbley; Mr. Dubbley se metió también su bastón en el bolsillo y miró la división; la división guardó sus bastones y miró á los pickwickianos.

El filósofo y sus discípulos se levantaron como un solo hombre.

—¿Qué significa esta violación de mi domicilio? — exclamó Mr. Pickwick.

—¡Qué! ¿se atreverá á prenderme? — preguntó mister Tupman.

—¿Qué venís á hacer aquí, bribones? — dijo Snodgrass.

Mr. Winkle no dijo nada, pero clavó los ojos en Grummer, dirigiéndole una mirada que le hubiera atravesado el cráneo saliendo por el lado opuesto, si el polizonte no hubiera tenido la cabeza más dura que el hierro; á causa de esta circunstancia, la mirada de mister Winkle no produjo ningún efecto visible.

Cuando los agentes de la autoridad notaron que mister Pickwick y sus amigos estaban dispuestos á resistir á la autoridad de la ley, se doblaron las mangas de su levita de una manera muy significativa; al ver esta demostración, Mr. Pickwick conferenció con sus amigos, y declaró en seguida que estaba dispuesto á dirigirse á la aldea, añadiendo tan sólo que tomaba por testigos á todos los ciudadanos presentes de aquel monstruoso

atentado á los privilegios de un inglés; todos los *ciudadanos* presentes se echaron á reír, excepto Grummer, que parecía considerar como una especie de blasfemia intolerable la menor reflexión sobre el derecho divino de los alcaldes.

Pero cuando Mr. Pickwick declaró que estaba pronto á obedecer las leyes del país, surgió otra nueva dificultad; era que, á pesar de su veneración hacia el derecho constituido, Mr. Pickwick rehusó resueltamente aparecer en la calle rodeado como un malhechor por agentes de la justicia. En el estado incierto de la opinión pública (porque los escolares no habían vuelto aun á sus casas), Mr. Grummer se negó á marchar él con su séquito por una acera, confiado en la palabra dada por Mr. Pickwick de ir inmediatamente por la otra á casa del magistrado; al fin, Mr. Pickwick y Mr. Tupman se negaron también á hacer el gasto de una silla de posta, que era el único medio de transporte que podía procurarse; la disputa duró largo tiempo y en un tono muy alto; por fin, Mr. Pickwick, empeñado siempre en no ir á pie, se decidió á ir en una silla de manos que en el patio había, construída por un rico propietario gotoso; esta silla podía contener cómodamente los dos culpables; fué por lo tanto alquilada y llevada al comedor. Mr. Pickwick y Mr. Tupman se metieron en ella y bajaron las cortinillas; un par de jayanes la cargaron, y al fin la procesión se puso en marcha con mucho orden; los polizontes rodeaban el vehículo; mister Grummer y Mr. Dubbley marchaban triunfalmente á la cabeza; Mr. Winkle y Mr. Snodgrass iban detrás, y el populacho de Ipswick formaba la retaguardia.

La procesión avanzaba lenta y majestuosamente. Sam Weller volvía de muy mal humor al hotel, porque había examinado inútilmente la misteriosa casa de la puerta verde, cuando divisó el tumulto popular que avanzaba rodeando un objeto muy parecido á una silla de manos; gozoso de encontrar con qué distraerse se puso á un lado para dejar paso al gentío, y viendo que el pueblo aplaudía, se puso también á aplaudir con todas sus fuerzas.

Mr. Grummer paró. Mr. Dubbley paró y paró la silla de manos, y pararon los guardias, y Sam respondió á las aclamaciones entusiastas del populacho, agitando su sombrero como si sintiera la más viva alegría, aunque no tenía la menor idea de aquello por que aplaudía; de repente se quedó absorto al ver á Mr. Winkle y á mister Snodgrass.

— ¿Qué ha pasado, caballeros? — preguntó Sam; — ¿á quién han metido en ese cajón?

Los dos amigos respondieron á la vez; pero sus pala-

bras fueron sofocadas por los gritos de la multitud.

— ¿Quién va ahí dentro? — preguntó Sam otra vez.

Una segunda réplica salió de los labios de los pickwickianos; pero aunque no percibió claramente las palabras, comprendió por el movimiento de la boca que habían pronunciado Pickwick.

Era bastante; en un minuto el heroico lacayo se abrió paso por entre la multitud, detuvo á los conductores y se halló cara á cara con el majestuoso Grummer.

— Eh, viejo, ¿á quién habéis empaquetado en ese cofre?

— ¡Atrás! — exclamó con énfasis Mr. Grummer, cuya importancia, como la de muchos grandes hombres, se aumentaba é inflaba con el viento de la popularidad.

Mr. Grummer agitó ante los ojos de Sam su grueso bastón, adornado con la corona de cobre.

— ¡Ah! — dijo Sam; — ¡qué bonito! con su coronilla y todo.

— ¡Atrás! — vociferó de nuevo el funcionario ofendido.

Y como para dar más fuerza á esta orden, cogió á Sam por una mano, mientras que con la otra introducía en su corbata el metálico emblema del poder real; nuestro héroe respondió á este cumplimiento derribando en tierra al polizonte, después de haber hecho lo mismo con uno de los conductores.

Mr. Winkle fué afectado de un ataque repentino de cólera; apenas vió en tierra á Mr. Grummer, hizo una terrible invasión sobre un pillete que se encontraba junto á él. Enardecido por este ejemplo Mr. Snodgrass, con un espíritu verdaderamente cristiano, á fin de no herir á ningún inocente, anunció en voz alta que iba á empezar; así es que fué rodeado y detenido mientras se quitaba la ropa con mucho cuidado; por lo demás, si hemos de hacerle justicia, lo mismo que á Mr. Winkle, diremos que no hicieron la más leve tentativa para defenderse ni para librar á Sam; éste, á pesar de una vigorosa resistencia, había sido vencido por el número y había sido hecho prisionero; la procesión se reorganizó y continuó su camino.

Durante estos sucesos, la indignación de Mr. Pickwick había llegado al último límite; distinguía confusamente que Sam derribaba los polizontes y distribuía mojicones á un lado y á otro: pero no podía ver más, porque la portezuela no podía abrirse; al fin, ayudado por su compañero de cautiverio, Mr. Pickwick consiguió levantar la imperial, subió sobre la banqueta, se alzó lo más que pudo, apoyándose en los hombros de Mr. Tupman, y empezó á arengar á la multitud; la tomó por testigo de que su criado había sido atacado primero;

se extendió elocuentemente sobre la brutalidad inexcusable con que él mismo había sido tratado, y de esta manera la caravana llegó á casa del alcalde; trotaban los conductores, arengaba Mr. Pickwick y el populacho vociferaba.

CAPITULO XXV

Donde se verá cuán majestuoso é imparcial era mister Nupkins, y cómo tomó Sam venganza de Mr. Trotter, con otros agradables sucesos.

Mr. Snodgrass y Mr. Winkle escuchaban con sombrío respeto la elocuencia que corría de los labios de su mentor y que no podían detener ni el movimiento rápido de la silla ni las súplicas de Mr. Tupman.

La indignación de Sam, mientras le conducían preso, era terrible; sin embargo, su cólera se trocó en curiosidad cuando vió que la procesión entraba en el patio de la puerta verde, y la curiosidad se trocó en asombro cuando vió que el importante Mr. Grummer avanzó con paso noble hacia la puerta verde por donde Job había salido; al ruido de una campana acudió una criada muy linda, que llamó á Mr. Muzzle. Mr. Muzzle abrió la puerta cochera para dar cabida á la silla de manos, á los cautivos y á los polizontes; después la cerró violentamente en los hocicos del populacho.

La silla de manos se detuvo ante una escalera de piedra; apeáronse allí los presos, y Mr. Pickwick y sus amigos fueron conducidos á la gran sala en presencia del vigilante Mr. Nupkins.

La escena era grandiosa; todo estaba dispuesto en ella para infundir terror á los culpables, é inculcarles una alta idea de la severa majestad de las leyes. Delante de una gran mesa, en un enorme sillón, y apoyado en un enorme volumen, estaba sentado Mr. Nupkins, que parecía aun más enorme que todos aquellos objetos reunidos; sobre la mesa se veía una pila de papel, detrás de la cual aparecía la cabeza de Mr. Jinks, activamente ocupado en hacer creer que estaba muy ocupado. Cuando la caravana entró, Muzzle cerró cuidadosa-

mente la puerta y se colocó detrás del sillón de su amo para esperar sus órdenes, mientras Mr. Nupkins, echándose atrás con importante solemnidad, contemplaba la fisonomía de sus visitantes.

Mr. Pickwick, intérprete ordinario de sus amigos, estaba en pie con el sombrero en la mano, y saludaba con la más respetuosa cortesía.

—¿Quién es este individuo? — preguntó Mr. Nupkins señalándole con el dedo.

—Es Pickwick — respondió Grummer.

—Vamos, vamos, basta ya, viejo papamoscas, — interrumpió Sam, abriéndose paso con los codos hasta la primera fila. — Os pido perdón, señor, pero este viejo maniquí no sirve para maestro de ceremonias; estos señores son Mr. Samuel Pickwick, Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass, caballeros todos.

—¿Quién es este hombre? — balbució colérico el magistrado.

—Un malhechor muy peligroso; ha querido poner en libertad á los prisioneros, atacando á los agentes de la autoridad; por eso le hemos pescado.

—Muy bien hecho, Grummer; es evidetnemente un audaz bandido.

—Es mi criado — dijo Mr. Pickwick un poco irritado.

—¡Ah! ¿es vuestro criado? Conspiración para detener el curso de la justicia y asesinar á sus agentes; ¡criado de Pickwick! escribidlo ahí, Mr. Jinks.

Este escribió.

—¿Cómo os llamáis, bribón? — continuó el magistrado.

—Veller — respondió Sam.

—¡Excelente nombre para el calendario de Newyate! — observó Mr. Nupkins.

—Escribid su nombre, Mr. Jinks.

—Ponedle dos l viejo pichón — dijo Sam.

Aquí un desgraciado polizonte se puso á reir, y el magistrado le amenazó con hacerle prender inmediatamente; es peligroso á veces reir fuera de tiempo.

—¿Dónde vivís? — preguntó el magistrado.

—Donde me encuentro — respondió Sam.

—¡Apuntad esto, Mr. Jinks! — exclamó el magistrado, cuya cólera aumentaba rápidamente.

Y no olvidéis subrayar la palabra.

—Es un vagabundo, Mr. Jinks, es un vagabundo, según él mismo ha dicho; ¿no es verdad, Mr. Jinks, que es un vagabundo?

—Ciertamente, señor.

—Pues bien — exclamó Mr. Nupkins, dando un fuerte golpe con el puño en la mesa; — escribid al ins-